

CAPITULO XIX.

Se anula la proclamacion de Carlos III.—Salida de Toledo de la de Nebourg.—Critica posicion del Archiduque en Castilla.—Retirada de los suyos á Valencia.

MADRID, declarada otra vez por el partido de Felipe V, acordó desaclamar al Archiduque y aclamar nuevamente al francés, áun cuando éste avisó que no se hiciese, puesto que Madrid nunca faltó á la fidelidad que le tenía.

En la plaza Mayor se levantó un estrado, y saliendo de las Casas de la Villa el Ayuntamiento con pendon, y enrollado un retrato del Archiduque con el acta original del juramento, se declaró públicamente intruso y tirano al archiduque Carlos de Austria, y se quemó incontinenti y con toda solemnidad el estandarte, el retrato y el acta, é igualmente el papel timbrado con su nombre: inutilizáronse los sellos y declaróse nulo todo lo hecho á nombre de Carlos III.

Los partidarios del rey intruso, medrosos y despavoridos, andaban ocultándose; porque el pueblo pedía su castigo. Hubo excesos sin medida, y fueron quemadas las casas del Patriarca, del conde de San Pedro y de algunos otros.

Al Patriarca y al obispo de Barcelona, cogidos camino de Alcalá, adonde iban á recibir al Archiduque, que creían estaba allí, se les envió fuera del reino; y á algunos se les destinó al castillo de Pamplona, adonde fué tambien conducido el conde de las Amayuelas.

Se pensó que sería conveniente sacar de Toledo á la reina viuda, D.^a Mariana de Nebourg, y se encargó de esta mision delicada al duque de Osuna.

Lievaba éste orden de sacarla de la ciudad y no dejarla hasta llegar á Bayona.

Así lo efectuó, no sin grandes dificultades, pues no pasaban por pueblo alguno, grande ó pequeño, que no fuera insultada; y áun hubo alguno en que le arrojaron piedras y la amenazaron con palo: tal era la buena voluntad que aquella señora se había captado en España.

Critica era por demas la situacion del Archiduque en Guadalupe, donde se hallaba con el conde de Oropesa, el de Sástago, el de Tendigo y otros grandes títulos.

Apurado su ejército por la falta de mantenimientos que de tan mala gana le suministraba el país, determinó retroceder á Valencia.

Un cuerpo de valencianos, que se había apoderado de la ciudad de Cuenca, acudió á reforzar al Archiduque; pero no por eso mejoró su situacion.

Sus convoyes eran interceptados y cogidos por las tropas de Felipe, que los acosaban, llegando muchas veces hasta sus reales y haciéndole prisioneros á centenares.

Véase, pues, el ejército del Archiduque en medio de Castilla, que le era totalmente enemiga, sin víveres, cortado el camino de Madrid y completamente incomunicado con las provincias que le eran adictas.

Le pasaba en Castilla lo que á Felipe en Aragon: que los habitantes le eran desafectos.

Recobrada por las tropas de Felipe, el 8 de octubre, la ciudad de Cuenca, áun cuando muchas de las fuerzas del Rey se desmembraron para escoltar al mismo Rey y para encerrar á los de Murcia, quedaron las suficientes para perseguir al enemigo hasta más allá del Júcar.

En Villanueva de la Jara existía un cuerpo de ingleses que ascendía á diez mil hombres, los cuales no fueron hechos prisioneros porque, segun se dijo, tuvieron un aviso secreto del duque de Berwick.

Pudieron huir, pues, á una de caballo abandonando tiendas, el tren del hospital con gran número de heridos y cuanto podía embarazarles; de tal manera, que el mismo Archiduque, en medio de la mayor confusion y aturdimiento de los suyos, anduvo corriendo toda una tarde y una noche, hasta llegar al Campillo de Altobuey.

El mariscal de Berwick, por Albacete, Chinchilla y Almansa, cayó de repente sobre Elche, que los murcianos tenían sitiado, despues de haber saqueado á Orihuela.

Rindióse Elche á los de Berwick, quedando prisioneros de guerra setecientos ingleses y trescientos valencianos, con ciento cincuenta caballos y multitud de provisiones. Nombróse allí virey de Valencia al obispo de Murcia.

Parte de las tropas pasaron á recobrar á Cartagena, que se entregó á los cinco días de ser sitiada.

En la plaza se encontraron setenta y cinco piezas de bronce, notable una de ellas por su tamaño y por haber sido cogida en la célebre batalla naval de Lepanto.

Nombróse gobernador de Cartagena al mariscal de campo don Gabriel Mahoni, á quien el Rey hizo ademas merced del título de conde.

Miéntas las tropas del rey Felipe estaban tomando cuarteles de invierno en las fronteras, el duque de Berwick continuó persiguiendo al Archiduque y al marqués de las Minas en retirada á Valencia.

En más de doce mil hombres se calculaban los prisioneros hechos al ejército de los aliados.

La situacion había cambiado por completo al aproximarse el invierno.

Efectivamente, si torpezas se habían cometido ántes, si dificultades hubo para practicar determinados servicios, todas se fueron remediando en la proporcion que la gravedad de las circunstancias lo exigian.

La verdad era que había necesidad de hacer mucho en España, y se hizo.

Si tenemos en cuenta la situacion en que Felipe V la había encontrado, si consideramos que en su mayoría estaban todas las provincias españolas esquiladas, abatidas y sin elementos de vida, debe sorprender extraordinariamente que cambiase con tanta rapidez aquel cuadro, y que se organizaran regimientos y se formase un número de ejércitos bastantes para ponerse en frente de los aliados.

Podrá decirse que contábamos con la base del ejército francés; pero, sin embargo, tambien es verdad que la nacion supo demostrar que tenía inmensos recursos propios, que podía en un momento determinado utilizar elementos que tal vez ántes no se habían visto, elementos que quizás se desconocian, pero que una vez llegado el momento de ponerlos en accion respondian admirablemente.

Otro de los caracteres especiales que en aquellos momentos se ofrecía, fué el de que, mal de su grado, hubieron de convencerse los partidarios de la casa de Austria que no era ésta la que disfrutaba las mayores simpatias en la nacion, y prueba de ello, que únicamente el territorio que comprendía la antigua corona de Aragon fué el que se puso de parte del Monarca que representaba los derechos de la dinastía austríaca, tan combatida por el resto de la nacion.

Efectivamente, el resto de España mostróse desde los primeros momentos si no favorable en el sentido absoluto á la dinastía de la casa de Borbon, no hostil por lo ménos, y cuando llegó el caso y pudo apreciar las excelentes cualidades del nuevo Monarca, entónces entrególe llena de satisfaccion sus brazos, sus riquezas, todo en fin cuanto poseía.

De otra manera hubiera sucedido á estar el espíritu general en favor de la dinastía austríaca.

De nada hubieran servido entónces todos aquellos ejércitos que Luis XIV trajo á España para socorrer á su nieto, segun decía, pero en realidad para socorrerse á sí propio.

Porque fácilmente puede comprenderse que, dada la índole y las ambiciones de aquel Monarca, dado el proceder que había venido usando con España desde el principio de su reinado, únicamente la conveniencia le pudo hacer cambiar de politica, demostrando que el odio de Francia á la casa de Austria no había sido más ni ménos que una aspiracion á ejercer en Europa el predominio que hasta entónces ejerciera aquélla.

Sin embargo, sin el espíritu de la mayoría del país, cansado ya por una parte de las torpezas y de la desastrosa administracion de la casa de Austria, y bien trabajado por los partidarios de la nueva dinastía, inútiles habrían sido todos los esfuerzos hechos para sostenerla.

Y prueba de ello que, un siglo más tarde, huestes más numerosas y más aguerridas, acostumbradas á vencer en todas partes, no pudieron sin embargo implantar en España el trono de José Bonaparte.

Porque cuando un pueblo, reuniendo todos sus esfuerzos, se levanta audazmente contra el yugo que se le trata de imponer, ni hay bayonetas que sean suficientes á sujetarle, ni desastres ni contradicciones que le puedan desalentar.

Los últimos monarcas de la casa de Austria hemos tenido ocasion de ver lo que con sus desaciertos habían hecho, y lógico era que, al ofrecerles un cambio tan completo, al encontrarse que real y positivamente á la inercia y á la falta de actividad de los dos últimos Felipes y del postrer Carlos sucedía un Monarca enérgico, emprendedor y activo, que se acrecia en medio de los desastres y que se mostraba resuelto á sucumbir en medio del pueblo que había venido á regir, ántes que abandonarle, abrazó su causa con entusiasmo, poniéndose desde luégo á su lado y agotando cuantos recursos y cuantos elementos estaban en su mano para darle el triunfo.

Y efectivamente se le dió, y no fueron los soldados de su abuelo, no fué la vacante del trono de Alemania que, como es consiguiente, distrajo la atencion del pretendiente Carlos, lo que á Felipe le dió el trono, sino que fué la desicion y el entusiasmo con que en la mayoría de España tanto nobles como plebeyos corrieron á ponerse á su lado.

De aquí que al final del año cuyos sucesos hemos venido historiendo, estuviese tan completamente cambiada para Felipe V la situacion.

Todo lo que á la entrada del año de 1706 la suerte había presentado de propicio para la causa de los confederados, al terminar aquel año se trocó en adverso, decidiéndose en favor de la casa de Borbon.



EL MARISCAL DE VILLEROY.

CAPITULO XX.

Desastres en el exterior.—El mariscal de Villeroy.—Piérdense para España los Países-Bajos, el Milanésado y Nápoles.—El archiduque Carlos vuelve á Barcelona.

No marchaban los asuntos de España, al terminar el año 1706, tan prósperos para la causa de los Borbones como en la Península. Nuestras posesiones en Italia y en los Países-Bajos se veían próximas á ser arrebatadas, y desprendidas estas joyas de la corona de España, ibanse con ellas á perder para siempre nuestra influencia y preponderancia en los destinos del mundo.

El conde de Marlborough, uniendo sus fuerzas á las de Holanda, Prusia y Wittemberg, dirigióse rápidamente hacia el Brabante.

Hallábase en Ramilliers el general frances Villeroy, esperando que se le reuniese el mariscal de Marsin. Pero éste había recibido órdenes de los duques de Borgoña y de madama de Maintenon, que ejercían grande influencia sobre el ánimo de Luis XIV, para que se trasladase á Italia, á fin de que el duque de Vendome, que era quien estaba sosteniendo la causa de Felipe V en Italia, pasase á reemplazar en Flándes al de Marsin.

Falto, pues, el mariscal de Villeroy de los diez mil hombres con que había de auxiliarse el de Marsin, no tuvo más remedio que aceptar la batalla, sufriendo una completa derrota que costó á la causa francesa más de trece mil hombres, cincuenta piezas de cañón y ciento veinte banderas.

El desastre de Ramilliers tuvo por consecuencias inmediatas la rendición de Malinas y de Bruselas.

El mariscal de Marsin, que se hallaba aún cerca del sitio en que se dió la batalla, se retiró á Mons. El de Marlborough apoderóse de casi todo el Brabante y hasta de la plaza de Amberes, cuyo gobernador era el marqués de Coroceno, D. Luis de Borja, el cual se entregó al enemigo sin oponer la menor resistencia.

Como ha podido verse, no era solamente en España donde se cometían torpezas.

En el gabinete de Versalles estaban cometándose tambien, y las intrigas palaciegas, el favoritismo, todas esas pequeñas miserias, digámoslo así, de salón, estaban produciendo los desastres que son consiguientes, y de lo cual tenemos un ejemplo en el de que había sido víctima el mariscal de Villeroy.

Si éste hubiese tenido positivamente el refuerzo que aquél le llevaba, hubiese podido, no sólo aceptar la batalla, sino presentarla, y las plazas de Malinas y de Bruselas tal vez no se hubiesen perdido.

Y aún cuando esto no hubiera sucedido, aún cuando por uno de esos azares tan frecuentes en las campañas hubiésemos perdido aquellas plazas, no hubiese tenido lugar una derrota tan completa como la que hubo de sufrir aquel mariscal, que tanta influencia moral había de ejercer en el ejército.

Pero las ambiciones, las intrigas, tal vez las mismas necesidades de una guerra que tantas ramificaciones tenía y en tan distintos puntos estaba sosteniéndose, obligaron al mariscal de Marsin á marchar á Italia, dejando desamparado á Villeroy.

Mientras el duque de Vendome iba á Paris para reclamar refuerzos, el de Marlborough, dueño ya de todo el Brabante español, se trasladó tambien en persona á Holanda con ánimo de pedir más tropas con que continuar la campaña.

El prestigio del ejército frances se sostenía empero aún con gloria por el mariscal de Vigos en Alemania. Tenía á raya al príncipe Luis de Baden y al conde de Frisia, que mandaban el ejército imperial y amenazaban á la Alsacia.

En Italia no marchaban las cosas más favorablemente para españoles y franceses que en los Países-Bajos.

El príncipe Eugenio de Saboya, que del partido de la Francia se había pasado al de los confederados, estrechado por los mariscales Berwick y Vendome, se veía reducido al más estrecho bloqueo, cuando por las sugestiones de los duques de Borgoña y de madama de Maintenon, de que ántes se hizo mérito, dispuso Luis XIV que el de Vendome fuese llamado á Versalles y el de Berwick á España.

Sin embargo, haciendo comprender á Luis XIV el de Vendome que la guerra de Italia era la que principalmente debía de llamar su atención, volvió á ella, y arrojando del otro lado del Adige un cuerpo de alemanes, puso sitio á la ciudad de Turin, poniendo al duque de Saboya en el caso de retirar á Génova su familia, á fin de no exponerla á los peligros del sitio.

En esta disposición se hallaba el ejército sitiador cuando Vendome fué destinado á los Países-Bajos en reemplazo de Marsin.

El príncipe Eugenio, á marchas forzadas, llegó en esto con sus alemanes, y en combinación con el duque de Saboya, resolvieron atacar al ejército sitiador en sus mismas líneas.

Rechazados una y dos veces, á la tercera lograron forzarlos, desbaratando de tal modo al ejército frances, que, muertos más de cuatro mil hombres y otros tantos prisioneros, cayó el resto en el mayor desorden por el Milanésado, trasponiendo los Alpes. Allí quedó herido de muerte el mariscal de Marsin y el duque de Orleans tambien recibió dos heridas.

Libre el de Saboya de la guerra del Piamonte, pasó juntamente con el príncipe Eugenio al Milanésado.

Novara, Lodi, Milan mismo se les entregó sin resistencia, y

Cárlos de Austria fué proclamado, mientras las tropas francesas y españolas, de descalabro en descalabro, se iban replegando hacia las plazas fuertes.

Precisamente la misma causa que había producido en Flándes el desastre de Ramilliers, produjo el que acabamos de mencionar en Italia, cuyas consecuencias, según acabamos de ver, fueron mayores todavía, puesto que los descalabros fueron sucediéndose con mayor rapidez, y las tropas se veían obligadas á replegarse en las plazas importantes, donde mejor podían defenderse al abrigo de sus muros.

El afán, que no podemos explicarnos, de pasar al duque de Vendome á los Países-Bajos cuando estaba sosteniendo en excelentes condiciones una campaña como la que acabamos de indicar, demuestra que si no era la malicia ó la envidia la que influía en el gabinete de Versalles, era, por lo ménos, una torpeza completamente censurable, puesto que las circunstancias no eran á propósito para dejar al enemigo que cobrase alientos y bríos con aquellos triunfos, que tanto afectaban y perjudicaban al vencido como enaltecian y prestaban aliento al vencedor.

Ya en otra ocasión Luis XIV había atendido las razones que le expusiera el de Vendome, al recibir la orden de que se dirigiese á Versalles, y el haber atendido el Monarca estas razones, dió como consecuencia el atrevido movimiento del Duque, en virtud del cual las tropas alemanas hubieron de retroceder al otro lado del Adige y amenazar á Turin, de la que indudablemente se hubiese apoderado á no volver á triunfar en el gabinete frances las influencias contrarias á la permanencia del duque de Vendome en Italia.

Así como ántes fué un triunfo la consecuencia de atender Luis XIV las razones del Duque, fué luego un desastre, y un desastre de consideración, el desatenderle y obligarle á reemplazar á Marsin en los Países-Bajos.

En marzo y abril de 1707 concedieron el emperador de Austria y el duque de Saboya, en virtud de un tratado de neutralidad que con ellos había celebrado secretamente Luis XIV, el paso á Francia de las tropas francesas y españolas que aún se mantenían en algunas plazas fuertes del Milanésado. Más de veinte mil hombres encerrados en aquellas plazas fueron los que aceptaron aquel permiso. Los italianos no quisieron salir y se aliaron con el partido vencedor.

Posesionado el duque de Saboya de Alejandría, Balenon del Pó y otras plazas que los aliados le ofrecieron por premio de sus servicios á la casa de Austria, emprendió hacerse dueño del reino de Nápoles.

El marqués de Villena hizo cuanto pudo por sostener aquellos dominios, hasta el punto de convertir en moneda su hajilla de plata para dar el ejemplo á los demas, á fin de que proporcionasen recursos sin gravar á los pueblos.

Todo fué en vano; gobernadores, magistrados, y aún muchos grandes de España, viendo que ni de Francia ni de España les llegaban socorros, abandonaron nuestra causa y la hicieron comun con el enemigo. Las pocas tropas españolas y walonas con que contaban se refugiaron en Gaeta, que tambien fué tomada despues de un gran bloqueo.

De esta manera fueron perdidas para España aquellas posesiones á tanta costa adquiridas.

La mala administración dejábase sentir en todas partes, y los desastres cometidos por el gabinete de Versalles, desastres que tambien trascendían al gabinete de Madrid, producían por doquiera idénticos resultados.

¿De qué servía que el patriotismo, la dignidad y el pundonor hiciesen lo que el marqués de Villena procuró llevar á cabo, á fin de sostener aquel reino de Nápoles, que tanta sangre había costado en diversas épocas?

Nada absolutamente; el pánico se había apoderado de todas las clases; tropas y ciudadanos sentían decaer su espíritu, y como que veían la marcha que se había seguido, como que no hubo acierto en aquellos cambios de generales, había ya una gran desconfianza, y cada uno de por sí sólo pensaba en resguardarse y sacar el mejor partido, dada la triste situación en que se habían colocado las cosas.

Ni Francia ni España enviaban socorros, porque eran muchas las atenciones que tenían, y los únicos que pudieran haberles dado, que era haberles conservado los generales, cuyas inteligentes disposiciones habían hasta entónces contenido al enemigo, se los quitaban tambien.

La Sicilia, sin embargo, gracias á las acertadas medidas tomadas por su virey, el marqués de los Balbases, pudo conservarse fiel á Felipe V.

Mientras tanto, en la Península iban sometiéndose á la autoridad de Felipe V casi todas las poblaciones que en los reinos de Valencia y Murcia se habían declarado por el archiduque Cárlos.

Este, viendo el aspecto que tomaban las cosas en aquel país, determinó el 7 de marzo de 1707 volver á Barcelona, dejando en Valencia por virey al conde de Corzana, y por generales al marqués de las Minas y á Galloway.



J. SERRA, 18.

Lit. VIDAL, Oimo 27.

BATALLA DE ALMANSA.